

LA CONFIANZA: CONSTRUCCIÓN SOCIAL Y MEDIACIÓN EN LA VIDA COTIDIANA DE LOS ADULTOS MAYORES¹.

María Cristina Palacio²

Carmen-Lucía Curcio³

José Hoover Vanegas⁴

“La confianza en los anclajes existenciales de la realidad tanto de tipo emocional como cognitivo, se apoya en la confianza en las demás personas adquirida en las experiencias tempranas de la infancia... el coraje de ser... la confianza básica... el núcleo de la esperanza... entrelazan la auto identidad con la estimación de los otros, base de una socialidad inconsciente que precede al yo y al mí y que es a priori la base de diferenciación entre ambos.”

Giddens (1996: 46)

Resumen

La confianza es una categoría que nombra una manera de actuar sobre el mundo de y entre los seres humanos y se traduce en acciones o actos individuales que se entrelazan con los otros. Supone una manera de contener o mitigar la incertidumbre respecto a las actuaciones de las demás personas, por lo que su presencia indica seguridad, es decir, un coraje de ser y de creer. Y desde aquí se considera un bien para la vida social e individual y su contracara, ausencia o débil presencia se identifica como una condición negativa para la calidad y bien-estar de la vida humana. Por tanto, la confianza se estima en el centro de la fundamentación del orden y la convivencia social, un soporte de la acción colectiva y componente central para la calidad de vida de las personas. Lo anterior se traduce en un reconocimiento de garantías para la vida cotidiana, como valor social y sentimiento individual. Por lo tanto la confianza es una forma de sentimiento de seguridad, que la mayoría de los seres humanos depositan en la continuidad de su autoidentidad y en la permanencia de sus entornos sociales o materiales de acción. Se forma en las experiencias tempranas de la infancia a partir de las interacciones con sus cuidadores, por lo que sus raíces se encuentran

¹ Este artículo surge como parte del proceso de reflexión de los autores, en torno a la construcción de “significados y sentidos de la calidad de vida de adultos mayores en Colombia”. Estudio que forma parte de la Encuesta Nacional Salud, Bienestar y Envejecimiento (SABE Colombia), investigación realizada por el Ministerio de Salud y Protección Social y Colciencias, a través de la Unión Temporal SABE, compuesta por la Universidad del Valle y la Universidad de Caldas, con el fin de conocer las condiciones de salud y bienestar de las personas mayores de 60 años en Colombia.

² Socióloga. Magister en ciencias políticas. Docente investigadora (jubilada). Grupo de estudios de familia. Universidad de Caldas. mcpv1950@gmail.com

³ Ph.D en gerontología. Miembro del grupo de Investigaciones en Gerontología y Geriatria. Universidad de Caldas. Carmen.curcio@ucaldas.edu.co

⁴ Ph.D en filosofía. Miembro del grupo de investigación Cuerpo Movimiento. Coordinador de la línea de investigación y desarrollo de la conciencia del Doctorado en Ciencias Cognitivas. Universidad Autónoma de Manizales. hovg@autonoma.edu.co

en el inconsciente expresándose como un fenómeno anímico no cognitivo y es el núcleo duradero de la identidad del yo. Para Giddens y Erikson (1996) las condiciones que presenta la confianza en las demás personas (confianza generalizada) y la autoconfianza (en sí mismo) permiten identificar y comprender las actuaciones identitarias, en tanto la construcción o no de la confianza indica la mutualidad de una experiencia interaccional.

Palabras clave: confianza, rutinas, incertidumbre, vida cotidiana, vejez, envejecimiento.

A manera de introducción: una noción de confianza

Luhmann (1996) plantea que la confianza es una relación social con su propio sistema de reglas. Se da dentro de un marco de interacción, influenciado tanto por la personalidad como por el sistema social, y no se asocia exclusivamente con uno o con el otro.

La confianza es una categoría que nombra una manera de actuar sobre el mundo de y entre los seres humanos y se traduce en acciones o actos individuales que se entrelazan con los otros/as. Supone una manera de contener o mitigar la incertidumbre respecto a las actuaciones de las demás personas, por lo que su presencia indica seguridad, es decir un coraje de ser y de creer. Y desde aquí se considera un bien para la vida social e individual, y su contracara, ausencia o débil presencia, se identifica como una condición negativa para la calidad y bien-estar de la vida humana. Por lo tanto, la confianza se estima en el centro de la fundamentación del orden y la convivencia social, un soporte de la acción colectiva y componente central para la calidad de vida de las personas. Lo anterior se traduce en un reconocimiento de garantías para la vida cotidiana, como valor social y sentimiento individual.

Este planteamiento se interroga ante las dinámicas que presenta la sociedad contemporánea, y las palabras de Fukuyama (1992), Bauman (2006) y Giddens (1995) la señalan con la expansión vertiginosa de un declive de la confianza social, el debilitamiento de los vínculos humanos y el desenclave institucional. Unos indicios que no son novedosos ni propios de este tiempo, al recordar Giddens (2000) los miedos, las incertidumbres y los riesgos que acompañan la historia de la humanidad.

Cada tiempo social tiene sus propias fracturas y tensiones en la configuración del orden hegemónico; por esto, en el mundo contemporáneo la confianza se somete a una paradoja entre la búsqueda de seguridades y los riesgos que fundamentan la incertidumbre que la acompaña. La percepción y sentimiento de fragilidad y vulnerabilidad social e individual se expande y posesiona como foco de la convivencia cotidiana; autores como Beck y Beck (2001), Bauman (2006) y Giddens (2000) señalan la consolidación de un individualismo que enfrenta, por una parte, la liberación de las trabas de la densa red de vínculos familiares y comunitarios, pero por otra, al despojo de la protección que brindaba.

Incluso un efecto colateral del desvanecimiento de los vínculos sociales más cercanos como la familia y la comunidad para garantizar las condiciones de confianza y seguridad, detona la exigencia al Estado de brindarlas; lo que se ha traducido en lineamientos de marcos constitucionales y normativos, programas institucionales de beneficencia, políticas y estrategias de intervención social y últimamente en demandas de políticas públicas, que Giddens denomina sistemas expertos. En otras palabras, el quiebre de la certeza de la protección y la confianza de la cuna hasta la tumba como anclaje de pertenencia identitaria y de circulación social reconfiguran las condiciones de sobrevivencia y convivencia para los habitantes de la sociedad contemporánea.

En esta línea, la noción de confianza se pone en este tiempo caracterizado por la individualización, la búsqueda de la autonomía, la capacidad de elección y decisión y el reconocimiento de la libertad. Un tiempo donde las lógicas de los riesgos asumen otro sentido ante el significado de la pérdida de los anclajes institucionales, la debilidad de la pertenencia comunitaria y los cambios en los dispositivos de control social, como ya se planteó. En este marco se instala en la vida cotidiana una especie de *Ethos* fatalista que se puede traducir en una aceptación pragmática de lo que aparezca, de un pesimismo cínico que rechaza cualquier tipo de angustia, como también de una especie de desatención cortés, recordando a Goffman.

Los avances de la ciencia, los alcances tecnológicos, los marcos normativos, los discursos sociales y políticos en torno a la diversidad y la diferencia, pretenden darle consistencia a los sistemas abstractos (marcos normativos y referentes simbólicos), los cuales proyectan espacios de relativa seguridad en el mantenimiento de la vida cotidiana. Sin embargo, estas predicciones sobre un mundo seguro y entornos protectores, se enfrentan paradójicamente a la evidencia de una incertidumbre sobre la confianza en el control de estos sistemas abstractos.

Confianza, rutinas y rituales: organización de la vida cotidiana

Las rutinas son la organización espacio-temporal de las actividades de la vida diaria. Cosas que suceden todos los días como por ejemplo dejar las llaves en un lugar determinado. La vida cotidiana de los ancianos está compuesta de prácticas repetitivas, por ejemplo, organizar las cosas antes de bañarse, no cambiar el lugar de los objetos en la casa. Las rutinas son la trayectoria de los individuos en los espacios temporales de su cotidianidad y hacen de su vida algo normal y predecible. Se fundamentan en el pasado, ofrecen seguridades y posibilidades de acción en el presente y se dirigen a planificaciones y orientaciones en el futuro y por ello proveen seguridad y confianza (Curcio, 2010). Según Giddens (1991), hablar de rutinas es hablar de certezas básicas, de confianza existencial, de fe en la continuidad del mundo de los objetos y de certeza en la trama de la actividad social, y agrega: “la ruptura y el ataque deliberado sobre las rutinas ordinarias de la vida producen un alto grado de angustia, un despojo de las respuestas

socializadas que se asocian con la seguridad del manejo del cuerpo y con un marco predecible de vida social. La vida cotidiana supone una seguridad ontológica fundada en una autonomía de gobierno corporal dentro de rutinas y encuentros predecibles”.

Eventos relacionados con la salud, la enfermedad y la muerte, las garantías de una movilización espacial y territorial, el acceso incluyente a recursos institucionales y sociales, la naturalización de la co/presencia física de los cercanos y el control corporal, que le dan contenido a las rutinas y rituales cotidianos, pueden constituirse en signos de alarma e implican una dinámica movilizadora que detona y pone en acción los equipajes culturales y emocionales de los sujetos contemporáneos, ya sea desde la resignificación de su propia trayectoria a través de ciertos dispositivos de compensación o desde el recurso de la resignación y la victimización puesto en el destino, la suerte, la naturaleza o la religión.

Situaciones que pueden ser predecibles o no pero que su presencia afecta los mecanismos básicos de control de la angustia, sacuden las rutinas y los rituales, amenazan las certidumbres sobre los cursos de acción institucionalizados para atravesar la seguridad ontológica que soporta la vida cotidiana. En palabras de Giddens (1996) “La autonomía basada en las rutinas ordinarias de la vida cotidiana y la sensación de futuridad en que se desenvuelve la duración de la vida social, se desvanece en la impredecibilidad”.

La vida cotidiana transcurre y supone una seguridad ontológica que se configura en torno a las actividades diarias de los individuos en diversos escenarios de interacción (co/presencia) como el hogar, el vecindario, la calle, el lugar de trabajo, entre otros, y marcan la estructuración de distintas redes de interacción. La mirada, la escucha, la palabra enunciada o muda, el roce y el tacto circulan en estos ámbitos preestablecidos o no desde el conocimiento y el vínculo personal para darle fundamento a la confianza o seguridad ontológica por diversos recorridos del espacio/tiempo. Su rutinización otorga ciertos compromisos de presencia que nutren encuentros mutuos de fiabilidad (confianza); son compromisos anónimos que se desarrollan desde la FE en las señales simbólicas de los sistemas abstractos (sistemas de significación social).

Es decir, la co/presencia se ancla en la espacialidad del cuerpo y le da sentido al gobierno corporal, para distinguir dos tipos de credibilidad: una relacionada con el conocimiento que produce la interacción de largo tiempo, y otra, que es la credibilidad en los sistemas abstractos más que en los individuos que los representan. Estos dos tipos de credibilidad, marcan la frontera entre el tacto y el poder en los encuentros con los íntimos y no íntimos, y además de lo anterior, los mecanismos de fiabilidad también se conectan con los códigos de ética presentes en las actividades que se desarrollan.

Por tanto, la confianza es una forma de sentimiento de seguridad, que la mayoría de los seres humanos depositan en la continuidad de su auto identidad y en la

permanencia de sus entornos sociales o materiales de acción. Se forma en las experiencias tempranas de la infancia a partir de las interacciones con sus cuidadores/as, por lo que sus raíces se encuentran en el inconsciente expresándose como un fenómeno anímico no cognitivo y es el núcleo duradero de la identidad del yo.

Para Giddens y Erikson (1996) las condiciones que presenta la confianza en las demás personas (confianza generalizada) y la autoconfianza (en sí mismo/a) permiten identificar y comprender las actuaciones identitarias, en tanto la construcción o no de la confianza indica la mutualidad de una experiencia interaccional.

En la construcción de la confianza (en sí mismo/a y en las demás personas) la experiencia de la ausencia es de vital importancia para su intersección con otras capacidades emergentes; la aceptación emocional de una identidad separada de figuras parentales o próximas es fundamental para la construcción de la confianza y la fe en el otro/a aunque no sea co/presencia física. La ausencia no necesariamente implica retirada del amor; aquí se apoya Giddens en Winnicott (1996) quien habla del espacio potencial, aludiendo a la no presencia física del otro amoroso. Un escenario que permite formar y desplegar dispositivos de control de la ansiedad existencial al ser fuente de permanente angustia emocional y revertirse en las actuaciones de la vida.

En los seres humanos la confianza, la seguridad y el sentimiento de continuidad se encuentran entrelazados. La seguridad en la credibilidad e integridad de las demás personas acompaña la experiencia de los entornos privados, familiares y sociales. No obstante esta necesidad psicológica, las rutinas que nutren la seguridad y la confianza son ambivalentes ante la presencia de eventos de pérdida o cuando se instala la duda y la incertidumbre; en este marco, Giddens alude a Garfinkel (1995) quien señala que los quiebres en las rutinas producen perturbación emocional y la suspensión de la confianza indica un desbordamiento de la angustia existencial para tomar forma en sentimientos de dolor, confusión y traición a la par que de sospecha y hostilidad.

Por lo tanto y no obstante, lo rutinario pese a ser relajante y base de la seguridad ontológica y la confianza, es necesario reconocer la ambivalencia que contiene y Giddens (1996) lo expresa en términos de que en la naturalización producida en las rutinas y los hábitos en la vida cotidiana se esconde el caos, la desorganización, la pérdida de sentido y de otras personas. Es decir, en contextos de diaria interacción circula la fiabilidad pero también la fragilidad, la presencia de la ansiedad, la pérdida de control del cuerpo, las preguntas por el tiempo, el espacio, la continuidad, la identidad, la circulación por la vida como también la finitud de la trayectoria personal, para poner entre paréntesis la seguridad ontológica.

Confianza e incertidumbre se instalan en la conciencia práctica de la vida cotidiana, proveen modos de orientación en las actuaciones sociales e individuales

y dan respuesta a los interrogantes existenciales desde diversas posturas religiosas, culturales, políticas y sociales; respuestas que contienen el coraje de ser para transitar por las crisis y circunstancias de alto riesgo. Por lo tanto, la confianza dentro de los marcos de la vida cotidiana se puede considerar como una especie de paréntesis a los sucesos o hechos que pueden ocasionar alarma. Además el sentimiento de tranquilidad corporal y síquica en las circunstancias rutinarias de una vida cotidiana que corresponde a unos determinados contextos históricos, sociales, económicos, culturales, políticos y ambientales, se construye con un gran esfuerzo; es el proceso de formación de equipajes emocionales para contener o mitigar las consecuencias derivadas de los riesgos naturales o externos y los riesgos manufacturados según Giddens.

A manera de discusión: confianza, envejecimiento y vejez

La confianza se forja tempranamente en la atención e interacción afectiva con los cuidadores/as y se consolida a través de la trayectoria de vida. Nuevamente cobra importancia ante una situación de vulnerabilidad o dependencia.

- La confianza se construye a través de la aceptación emocional de la ausencia física y en la fiabilidad de la presencia emocional de los otros/as. De ahí la importancia de las redes de soporte social y particularmente del soporte emocional y afectivo.
- La confianza es un mecanismo de protección con relación a los riesgos y peligros en los marcos de acción y reacción; es el principal soporte emocional, un caparazón defensivo o “*cocoon*” protector ante los haceres y sorpresas de la vida cotidiana. Este mecanismo, como otros, con el envejecimiento cobra importancia ante situaciones y condiciones relacionadas con la edad, y situaciones de adversidad o vulnerabilidad.
- La confianza contiene conexiones en la estabilidad de la rutina que implican la reproducción coordinada de convenciones y sentimientos de seguridad ontológica en la vida de los individuos. Los cambios que acompañan al envejecimiento, además de la presencia de enfermedades, condiciones geriátricas, síndromes geriátricos u otros, entrañan cambios en la realización de actividades, no solo en cuanto a la forma de realizarlas, sino en la selección de actividades a realizar, el momento y el lugar; esto puede tener profundas implicaciones en la confianza. La ruptura y el ataque deliberado sobre las rutinas ordinarias de la vida producen un alto grado de angustia, un despojo de las respuestas socializadas que se asocian con la seguridad del manejo del cuerpo y con un marco predecible de vida social; en otras palabras, los cambios de rutinas tienen profundas implicaciones en la seguridad ontológica y en la vida cotidiana de los adultos mayores.
- El sentimiento de confianza orienta los cursos de acción que confrontan las consecuencias de los riesgos naturales y contruidos presentes en la vida

cotidiana y mitigan la angustia existencial. La vida cotidiana supone una seguridad ontológica fundada en una autonomía de gobierno corporal dentro de rutinas y encuentros predecibles. Vida cotidiana que se ha construido con el paso de los años, en la trayectoria de vida de cada una de las personas mayores.

- El hábito y la rutina le dan soporte a la confianza, a la fiabilidad del conocimiento, a la sedimentación de los vínculos emocionales en las experiencias interaccionales. La vida cotidiana de los ancianos está compuesta de prácticas repetitivas, por ejemplo, organizar las cosas antes de bañarse, escoger los zapatos, tomarse su tiempo, no cambiar el lugar de los objetos en la casa. Estas rutinas se fundamentan en el pasado, ofrecen seguridades y posibilidades de acción en el presente y se dirigen a planificaciones y orientaciones en el futuro y por ello proveen seguridad y confianza.
- Los hábitos y las rutinas, al mantenerse y reproducirse, se constituyen en un baluarte esencial contra las angustias amenazantes.
- La interdependencia entre rutina y seguridad ontológica es paradójica, al fundamentarse en la certeza pero también en el miedo.
- La rutina contiene una disciplina que corresponde a un sistema de significación social (normas, valores y sanciones), le otorga una estructura a la existencia cotidiana como sustrato del ser y es una defensa contra la angustia existencial; le permite al individuo mantener la esperanza y el coraje frente a las circunstancias debilitadoras de la existencia: envejecimiento, fragilidad, vulnerabilidad, entre otras.
- Las rutinas son la trayectoria de los individuos en los espacios temporales de su cotidianidad y hacen de su vida algo normal y predecible. Esta normalidad es la organización de todos los detalles de la textura de las actividades sociales, con referencia al cuerpo y su articulación con los haceres y proyectos de los individuos.
- El mantenimiento de la vida tanto en su sentido corporal como de salud psicológica está sujeto a riesgos, producidos por la contingencia de la vida, lo que genera angustias y miedos. En otras palabras, la angustia existencial se encuentra atravesada por la supremacía de la naturaleza, la caducidad y finitud del propio cuerpo y la insuficiencia de los métodos para regular las relaciones humanas en la familia, el estado y la sociedad. Aspectos que cobran mayor importancia en los ancianos ante la conciencia de la finitud, vinculada a dos elementos: el aumento de la edad y la proximidad de la muerte.
- El sentimiento de vulnerabilidad frente a los riesgos naturales y contruidos, a los cambios corporales, a la interrupción de las rutinas y los dispositivos de contención o mitigación tienen correspondencia con la formación de la

confianza. Cuando el futuro se vuelve impensable pierde su consistencia. No es lo bastante rico en sí mismo para sostenerse, no solo es muy incierto, sino que además está lleno de peligros. La perspectiva de un daño, sea corporal, sea la pérdida de la independencia y de la autonomía, sea del lugar del sujeto en el mundo, o cualquier otro, modifica las representaciones posibles del pasado y del futuro. Así, el pasado, presente y futuro se ven con una nueva luz.

- En los mundos familiares, rutinarios, el pasado prevalece sobre el futuro. Esa orientación simplifica el mundo, se puede suponer que lo familiar y rutinario prevalecerá, que lo confiable continúa siéndolo y que el mundo familiar continuará en el futuro.
- La confianza implica una relación problemática con el tiempo. Mostrar confianza es anticipar el futuro. Es comportarse como si el futuro fuera cierto. La confianza se orienta al futuro. Así, la confianza reduce la incertidumbre, permite la continuidad y evita rupturas; en otras palabras, posibilita el mantenimiento de la identidad.
- La seguridad ontológica y la confianza como contención a la angustia existencial habilitan los controles corporales (gesto, ademán, mirada, lenguaje) como contenidos esenciales en la interacción social.
- La angustia es diferente al temor; este último es la respuesta a una amenaza específica con un objeto definido. La angustia desatiende al objeto, es un estado generalizado de las emociones del individuo, paraliza las acciones y es perjudicial. Es necesario distinguirla de la disposición a la angustia, la cual permite un proceso de preparación del organismo para hacerle frente a las amenazas.

Al decir de Guiddens (1996:58) “Un sentimiento de tranquilidad corporal y psíquica en las circunstancias rutinarias de la vida cotidiana, únicamente se adquiere con gran esfuerzo. Si nosotros parecemos menos frágiles de lo que somos realmente en los contextos de nuestras acciones, es en virtud de los procesos de aprendizaje a largo plazo con los que se neutralizan las potenciales amenazas. La acción más simple, tal como pasear sin caerse, evitar colisiones con otros objetos, atravesar la carretera o usar un cuchillo y un tenedor, debió ser aprendida en circunstancias que originariamente tuvieron connotaciones de fatalidad. «La inexistencia de sobresaltos», en muchos aspectos de la vida común, es el resultado de una astuta vigilancia que únicamente la prolongada experiencia produce y que es crucial para el «cocoón» protector que presupone toda acción regularizada”. Este «cocoón» es el sustrato de confianza, condición y resultado de un mundo sin sobresaltos, un mundo seguro en el que se puede transitar sin miedo.

Bibliografía

- Fukuyama, Francis. (1992). *El fin de la historia y el último hombre*. Editorial Planeta. Buenos Aires.
- Bauman, Sigmund. (2006). *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
- Beck, Ulrich. (2006). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Paidós ibérica. Barcelona.
- Beck, Ulrich y Beck-Gernsheim Elizabeth. *El normal caos del amor. Las nuevas formas de la relación amorosa*. Paidós. Barcelona.
- Curcio CL. (2010). Le sens et le processus de la peur de chuter chez les personnes agees. ProQuest Dissertations and Theses; 2010; ProQuest Dissertations & Theses.
- Giddens, Anthony. (1995). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época moderna*. Península. Barcelona.
- Giddens, Anthony. (1996). *Modernidad y auto identidad. En Las consecuencias perversas de la modernidad*. Editorial Antrophos. Barcelona.
- Giddens, Anthony. (2000). *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Editorial Taurus. Madrid.
- Luhmann, Niklas (1996). *Confianza*. Editorial Antrophos. Barcelona